

LA PÉRDIDA DE IDENTIDAD SONORA

EN EL AUDIOVISUAL CONTEMPORÁNEO

POR: ADAN ANTONIO PÉREZ GONZÁLEZ

Durante buena parte del siglo XX, la música en el cine y la televisión no era un acompañamiento ornamental, sino una voz narrativa con peso propio. Había bandas sonoras que definían atmósferas, personajes y hasta épocas. Bastaba escuchar unos compases para reconocer un universo completo. Hoy, en cambio, la música parece haberse convertido en un fondo funcional, una textura diseñada para no incomodar, para no distraer, para no competir con la imagen. El resultado es una progresiva pérdida de identidad sonora que empobrece la experiencia audiovisual sin que siempre seamos plenamente conscientes de ello.

El fenómeno no es casual ni aislado. Responde a transformaciones estructurales en la producción y el consumo de contenidos. En la era del streaming y la hiperabundancia de series y películas, el ritmo de producción se ha acelerado y las decisiones creativas se han comprimido.

La música, que alguna vez fue concebida como parte integral del discurso narrativo, ahora suele insertarse en etapas tardías del proceso, muchas veces bajo parámetros de eficiencia, uniformidad y optimización de recursos. El objetivo no siempre es crear una identidad sonora memorable, sino garantizar que la música cumpla su función sin llamar demasiado la atención.

Esta tendencia contrasta con momentos históricos en los que la música era protagonista. En el cine de Ennio Morricone, por ejemplo, la partitura no solo acompañaba la acción: la definía. Sus composiciones para el western italiano transformaron el género y otorgaron una identidad sonora inconfundible a películas que, sin esa música, difícilmente habrían alcanzado el mismo estatus cultural. Algo similar ocurrió con John Williams, cuya obra en sagas como Star Wars convirtió los temas musicales en símbolos reconocibles incluso por quienes no habían visto las películas. En esos casos, la música no era un fondo; era discurso.

En el audiovisual contemporáneo, en cambio, predomina una estética sonora que podría describirse como intercambiable. Muchas producciones recurren a texturas ambientales, patrones electrónicos discretos o progresiones armónicas previsibles que cumplen con subrayar emociones básicas sin generar una marca distintiva. Se trata de una música diseñada para integrarse sin sobresaltos, para acompañar sin perturbar. El espectador promedio rara vez sale tarareando un tema de una serie actual, no porque la calidad técnica sea inferior, sino porque la apuesta estética es deliberadamente menos arriesgada.

Las razones de este desplazamiento son múltiples. En primer lugar, existe una presión industrial por estandarizar procesos. La producción seriada, especialmente en plataformas globales, exige tiempos de entrega ajustados y una coherencia formal que facilite la circulación internacional del contenido. Una música demasiado particular puede percibirse como un riesgo cultural o comercial. En este contexto, la neutralidad sonora se convierte en una estrategia de seguridad.

En segundo lugar, la fragmentación de audiencias y la diversificación de dispositivos de consumo influyen en la concepción musical. Gran parte del contenido se ve hoy en pantallas pequeñas, con auriculares de calidad variable o incluso como ruido de fondo mientras se realizan otras actividades. La música compite con distracciones constantes. Ante este escenario, algunos productores optan por composiciones que no exijan atención plena, que no interfieran con diálogos ni generen contrastes abruptos. La experiencia audiovisual se adapta a un consumo multitarea, y la música paga el precio de esa adaptación.

Existe también una transformación cultural más profunda. En una época dominada por algoritmos y métricas de comportamiento, el valor de lo memorable puede verse desplazado por el valor de lo funcional. Si el objetivo principal es mantener al espectador conectado durante varios episodios consecutivos, la música tiende a integrarse como un elemento de continuidad, no de ruptura. Se privilegia la fluidez sobre el impacto.

La identidad sonora fuerte, que podría marcar pausas o enfatizar momentos con intensidad, puede percibirse como una interrupción del flujo narrativo.

Esta lógica genera una contradicción evidente. En el discurso promocional, se insiste en la originalidad y la innovación de las producciones contemporáneas. Sin embargo, en el plano sonoro, muchas obras comparten una estética homogénea que dificulta distinguirlas entre sí. La paradoja es que, en un mercado saturado de contenidos, la renuncia a una identidad sonora clara puede debilitar precisamente aquello que permitiría destacar.

Las consecuencias visibles son la uniformidad y la pérdida de memorabilidad. Pero existen también efectos menos evidentes. La música tiene la capacidad de construir memoria emocional. Los temas asociados a determinadas escenas o personajes actúan como anclas afectivas que prolongan la vida de una obra más allá de su visualización inicial. Cuando la música se diluye en un fondo neutro, se debilita esa posibilidad de permanencia. El audiovisual se vuelve más efímero, más fácilmente reemplazable por la siguiente novedad en la lista de reproducción.

Además, la reducción de la música a un recurso funcional impacta en la identidad profesional de los compositores. El margen para desarrollar un lenguaje propio puede verse limitado por directrices que priorizan la discreción y la adaptabilidad. En lugar de ser invitados a proponer universos sonoros singulares, los compositores pueden verse encasillados en replicar fórmulas que han demostrado “funcionar”. La creatividad se subordina a la consistencia de marca o a la coherencia con tendencias dominantes.

No se trata de idealizar el pasado ni de afirmar que toda música contemporánea carece de identidad. Existen producciones actuales que apuestan por una propuesta sonora arriesgada y logran convertir la música en un elemento central de su narrativa.

Sin embargo, estas excepciones confirman la regla de una tendencia general hacia la neutralización. La pregunta no es si aún se crean grandes bandas sonoras, sino por qué parecen menos frecuentes en proporción al volumen total de contenido producido.

También es necesario considerar la influencia de bibliotecas musicales y soluciones precompuestas que facilitan la producción rápida y económica. La disponibilidad de catálogos extensos de música “lista para usar” simplifica procesos, pero puede fomentar una estética genérica. Cuando la música se selecciona como si fuera un accesorio intercambiable, pierde su capacidad de dialogar profundamente con la imagen. El riesgo es que el sonido se convierta en un relleno, no en un componente orgánico del relato.

La responsabilidad no recae exclusivamente en las plataformas o los estudios. Los directores, productores y supervisores musicales desempeñan un papel clave en la defensa de una identidad sonora coherente. Es necesario reconocer que la música no es un añadido posterior, sino una dimensión estructural del lenguaje audiovisual. Integrarla desde las primeras etapas del proyecto implica asumir que el sonido puede aportar sentido, no solo acompañar emociones evidentes.

En el plano cultural, la pérdida de identidad sonora también refleja una cierta desconfianza hacia la expresividad intensa. La música que se impone, que reclama atención, puede resultar incómoda en un entorno que valora la fluidez y la continuidad. Sin embargo, esa incomodidad es a menudo el germen de experiencias memorables. La historia del cine demuestra que los momentos más icónicos suelen estar acompañados por decisiones musicales audaces, capaces de redefinir la percepción de una escena.

Resulta pertinente cuestionar la normalización de la música como simple ambientación. Cuando se acepta sin discusión que el sonido debe permanecer en segundo plano, se empobrece el lenguaje audiovisual en su conjunto. La imagen y la música no son capas independientes, sino dimensiones que se potencian mutuamente. Reducir una de ellas a función decorativa limita el alcance expresivo de la obra.

Desde una perspectiva profesional, defender la identidad sonora implica asumir riesgos. Supone invertir tiempo y recursos en procesos creativos más complejos, apostar por compositores con voz propia y permitir que la música tenga momentos de protagonismo. En un entorno marcado por la eficiencia y la optimización, estas decisiones pueden parecer poco pragmáticas. Sin embargo, a largo plazo, son las que construyen legado y diferenciación.

La reflexión ética es inevitable cuando se reconoce que el audiovisual no solo produce entretenimiento, sino también imaginarios, emociones y relatos compartidos. En ese tejido cultural, la música cumple un papel esencial: puede ampliar el sentido de una escena, construir identidad y permanecer en la memoria del espectador. Por ello, cuando se reduce a un fondo indistinto y genérico, no solo se empobrece la experiencia estética, sino que también se pierde una oportunidad de enriquecer la expresión cultural del relato.

Recuperar la música como discurso exige convicción, diálogo entre disciplinas y una valoración real del poder del sonido. En una industria que compite por la atención del público, puede parecer funcional optar por soluciones sonoras discretas y previsibles; sin embargo, la ausencia de fricción también puede convertirse en ausencia de huella. Si la música queda relegada definitivamente al fondo, el audiovisual perderá una de sus voces más potentes. Apostar por una identidad sonora propia no es nostalgia, sino una forma de defender la riqueza expresiva, la memoria emocional y la diferencia cultural.